

RESEÑAS

LEITNER, Ulrike (ed.), *Alexander von Humboldt und Cotta. Briefwechsel*. Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung 29. Berlin: Akademie Verlag, 2009, 702 pp. [978-3050045986]

Con la reciente publicación de las cartas intercambiadas entre Alexander von Humboldt y su editor Johann Friedrich von Cotta (1764-1832), así como la continuación de la correspondencia con su hijo Johann Georg von Cotta (1796-1863), el Centro de Investigación Alexander von Humboldt de la Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburgo ha concluido un proyecto más dentro de su línea de edición de las cartas del famoso viajero prusiano. Este centro de investigación alberga toda la correspondencia conocida de Humboldt y tiene entre sus tareas la edición de este rico tesoro documental, que no se realiza en orden cronológico sino ordenado según los corresponsales individuales, comenzando con su correspondencia con Carl Friedrich Gauss (1977) y Heinrich Christian Schumacher (1979) hasta Carl Ritter (2010), August Böckh (2011) y la familia Mendelssohn (2011), o los representantes de ciertos países con los que estaba en contacto, entre los que figuran su correspondencia con los Estados Unidos (2004) o con Rusia (2009).

Con la publicación de las cartas cursadas entre Humboldt y su editorial Cotta, Ulrike Leitner ha puesto al alcance del autor un conjunto de documentos de gran valor para la investigación humboldtiana. Esta editorial, originalmente fundada en el año 1659 en Tübinga, fue dirigida por parte de Johann Friedrich von Cotta a partir de 1797 y llegó a ser la editorial más importante de su época. Ya en el año 1795 se produciría el primer contacto entre Humboldt y la casa que sería su editorial en Alemania hasta 1859, de tal manera que, con la excepción de algunos trabajos, todas sus obras serían publicadas por Cotta.

Tras la muerte de J. F. von Cotta en 1832 se encargó su hijo Johann Georg von Cotta junto con su hermano Ida von Reischach de la editorial. Con él Humboldt llegó a tener una relación más de amistad que con su padre, a quien también apreciaba mucho. El hijo promovió con más énfasis la programación científica de su línea editorial, lo que estrechó la colaboración con su famoso autor. Fue esta editorial la que pudo celebrar el gran éxito que obtuvo la obra *Kosmos* de Humboldt en Alemania, además de la buena acogida de una colección de obras clásicas más económica, pensada para el gran público (*Volksbibliothek deutscher Klassiker*), en la que también aparecieron las obras de Humboldt en una nueva edición. Debíó de ser en 1805 en Tübinga cuando se concretaron las modalidades de la colaboración entre el autor y la editorial. Se dio una particularidad editorial, ya que fue diseñada como una empresa conjunta con la editorial francesa Schoell, con la idea de preparar las ediciones francesas y alemanas simultáneamente y en mutua colaboración. Sin embargo, tras las primeras publicaciones, las diferencias entre ambas editoriales llevaron a Cotta a tomar la decisión de terminar la colaboración con Schoell en 1810, de modo que, a partir de este momento, las ediciones comenzaron a publicarse de manera independiente en Alemania y Francia.

La correspondencia conservada de Humboldt con Johann Friedrich von Cotta abarca los años 1805 a 1832, continuando a partir de 1832 y hasta su muerte en 1859 con el hijo, Johann Georg.

Aunque se trata de un intervalo de tiempo parecido, de la primera correspondencia solo se conservan 84 cartas, mientras que de la segunda se mantienen 291 documentos. En ambos casos se trata sobre todo de las cartas enviadas por parte de Humboldt, ya que él mismo no tenía la costumbre de conservar toda la correspondencia recibida, a diferencia de la editorial, que estableció un ejemplar archivo de correspondencia. Además, las cartas aumentaban en su extensión con el paso del tiempo, lo que también muestra una creciente amistad y confianza. Con Georg no solamente se trataron temas estrictamente editoriales, sino que Humboldt también incluyó sus propios comentarios personales sobre otras personas, sobre su vida cotidiana, la situación política, y sobre acontecimientos de carácter científico. Así, por ejemplo, numerosas de sus cartas contienen recomendaciones o apoyos para otras personas, escritas con el objetivo de que la editorial considerase la publicación de los trabajos de aquellos autores, entre los que figuraba también su hermano Wilhelm von Humboldt. Lo valioso de esta correspondencia es el hecho que con una duración de 54 años abarca un intervalo de tiempo extremadamente largo para una correspondencia. Además, se trata de una época históricamente muy interesante, marcada por muchos acontecimientos políticos que también tenían una influencia en la vida de nuestro erudito cosmopolita. Por lo tanto, son muy interesantes y valiosos sus comentarios de carácter político, social o ideológico, ya que en sus publicaciones Humboldt solía ser más reservado en este sentido.

Sobre todo en sus últimos años, cuando Humboldt andaba afectado por problemas económicos, mencionaría este extremo también en las cartas a su editor, buscando soluciones; por ejemplo, presentando ideas para nuevos proyectos editoriales a Johann Georg von Cotta. Sin embargo, el tema principal en la correspondencia con Cotta hijo hasta la muerte de Humboldt en 1859 fue la preparación de su último gran proyecto, la edición de su obra sintetizadora, el *Cosmos*. Todavía residiendo en París, durante los años 1825 y 1826, Humboldt impartió un cierto número de conferencias sobre la descripción física del mundo, y también tras su regreso a Berlín, entre 1827 y 1828, ofrecería las conferencias que le hicieron célebre en su tierra y que serían el germen de su futura obra de madurez. En estas lecturas se manifiesta su intención de presentar el nivel de conocimiento sobre las ciencias naturales de su época a una amplia audiencia. Humboldt no buscó tener como espectadores solamente a la élite científica de entonces, sino también llevar este conocimiento a un gran público general. Tras el gran éxito que éstas tuvieron, en marzo de 1828 finalmente fue firmado un contrato entre Humboldt y Johann Friedrich Cotta, al que posteriormente, en 1849 se añadiría un anexo, para la publicación de una obra basada en el conjunto de las conferencias. A pesar de que Humboldt —motivado por el impacto que tuvieron— tenía previsto dedicarse en seguida a la elaboración de esta obra, finalmente transcurrieron casi diecisiete años desde la firma del contrato hasta la publicación del primer volumen del *Cosmos*, ya que otros proyectos más urgentes o inmediatos —como por ejemplo su viaje asiático (1830) o la edición de su obra *Examen critique* (1836-39)— le impedían continuar con esta tarea. Por lo tanto, una gran parte de esta correspondencia muestra las diferentes fases del proceso de elaboración de esta obra, las ideas que Humboldt manifiesta y los problemas por los que se veía afectado este proyecto, y de esta manera ofrece al lector valiosa información de contexto para entender bien esta obra en particular.

La publicación de la correspondencia entre Alexander von Humboldt y su editorial Cotta, dentro de la serie *Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung* (Aportaciones a la investigación sobre Alexander von Humboldt) del Akademie Verlag, es otra edición muy lograda y recomendable para todas las personas que quieren conocer más en detalle el proceso editorial de las obras de Humboldt en Alemania. Al igual que otras publicaciones de esta misma serie, destaca por un excelente y riguroso trabajo de edición, basado en un minucioso estudio de todo el material editado, además del profundo conocimiento de Humboldt como persona, así como del contexto histórico en el que se desarrolla esta correspondencia. Una extensa introducción ofrece valiosa información sobre este contexto, sobre la historia de la casa editorial así como un análisis del contenido de esta correspondencia. Muy útil también resultan las numerosas y eruditas anotaciones en las propias

cartas, que ayudan a comprender el contexto en el que fue redactada carta documento, así como un extenso índice de las fuentes bibliográficas o de las personas mencionadas.

Sandra REBOK
CSIC

SIDDHARTHA, Mukherjee, *El emperador de todos los males. Una biografía del cáncer*. Madrid, Taurus Pensamiento, 2011, 640 pp. [ISBN: 9788430606450]

Durante sus dos años de prácticas en la especialidad clínica de oncología, Siddhartha Mukherjee escuchó con frecuencia cómo los pacientes a los que trataba le comunicaban una inquietud que trascendía su situación personal: ¿conseguirá la medicina erradicar el cáncer? El anhelo que afloraba en la pregunta motivó a este médico de formación a emprender la escritura de una historia de la enfermedad. En este libro, Mukherjee discute la narrativa que confiaba en hallar una única cura para todas y cada una de las formas adoptadas por el cáncer. No reconstruye la historia de un saber lineal y acumulativo, sino que presenta un estado de la cuestión del conocimiento sobre la enfermedad en el que los hallazgos tienen tanta importancia como los fracasos y los retos pendientes. Su relato, que comienza en la Antigüedad y termina en el siglo XXI, aborda el cáncer desde una triple aproximación: la búsqueda de sus causas; la aplicación de tratamientos destinados a alcanzar la curación de los pacientes o, en mucha menor medida, a paliar su dolor; y la popularización de medios de prevención o detección precoz de la enfermedad. La propuesta de Mukherjee es tan interesante como inabarcable. Pero hay al menos otro motivo por el que su autor tiene razón en estimar que ha escrito «una» y no «la» biografía del cáncer.

Mukherjee afirma que la historia del cáncer es la historia de los pacientes. Sin embargo, su relato no se centra en la experiencia de las personas diagnosticadas con la enfermedad, sino en las vidas y obras de profesionales de ámbitos tan diversos como la cirugía, la anatomía, la bioquímica, la epidemiología, la endocrinología, la botánica, la embriología, la genética, la virología, la industria farmacéutica, la publicidad y la política. Mukherjee intenta escribir una nueva historia del cáncer a partir de las fuentes tradicionales de la historia de la ciencia y, ya entrado el siglo XX, con algunas aportaciones desde la historia política. El resultado que alcanza consiste, sobre todo, en una recopilación de los descubrimientos sobre el objeto «cáncer» desde distintas disciplinas científicas vinculadas a la medicina. Mukherjee apenas incorpora descripciones de pacientes tratados antes de la segunda mitad del siglo XX. A partir de este periodo, sus descripciones provienen sobre todo de observaciones y testimonios orales de sus propios pacientes y, en menor medida, de entrevistas a parientes de enfermos o a supervivientes de larga duración, así como de casos clínicos recopilados por otros médicos. Estas voces, circunscritas al contexto clínico estadounidense, apenas son interpretadas por el oncólogo de formación.

Para escribir la historia de la experiencia de los enfermos de cáncer, Mukherjee podría haber partido del análisis de estas fuentes —centradas, no en la enfermedad sino en el enfermo— desde la teoría de las emociones y la cultura material. Las descripciones de pacientes que recoge en su libro se prestan a ello, ya que, por un lado, contienen alusiones al entorno hospitalario en el que residen o al que se desplazan de forma regular para recibir consulta y tratamiento; y, por otro lado, aluden a emociones predominantes durante este proceso, tales como el miedo, la ansiedad, la melancolía y la esperanza. Además, algunas de estas voces sugieren que la experiencia del enfermo de cáncer conlleva un distanciamiento y una transformación respecto a la percepción de sí mismo que tenía antes de recibir el diagnóstico. Ahora bien, ¿es este proceso comparable en todos los enfermos de

cáncer de un mismo periodo histórico? ¿Y en el conjunto de enfermos de cáncer de diferentes épocas? O aún, ¿posee la experiencia del cáncer ciertas particularidades respecto a la experiencia de otras enfermedades?

Siguiendo a Susan Sontag en su libro *La enfermedad y sus metáforas*, Mukherjee sostiene que la penetración social de determinadas metáforas asociadas al término «cáncer» – sistémicas en toda la medicina heredera de las enseñanzas de Galeno, políticas en la cirugía radical practicada a principios del siglo XX, o atómicas en la era de la quimioterapia – condicionan la experiencia de las personas diagnosticadas con esta enfermedad. Aún así, mantiene una postura ambigua respecto a la historicidad de las formas de pensar y de sentir de los enfermos. ¿Son acaso comparables, tal y como pretende, las emociones experimentadas por Atossa, reina persa de la Antigüedad que padeció de un tumor en un pecho, y las emociones de una mujer del siglo XXI diagnosticada con cáncer de mama? Más aún, ¿es generalizable la apreciación del cáncer como un enemigo que ha de ser cercado y exterminado? ¿O, por el contrario, proviene de la apropiación de la semántica militar —con términos tales como «conquista», «guerra» o «cruzada»— asociada al cáncer en los EEUU de la segunda mitad del siglo XX?

En la primavera de 2011, Mukherjee recibió el premio Pulitzer en la categoría general de ficción por una historia del cáncer en la que apenas encontramos una reflexión genuina del autor acerca de lo que significa vivir con una u otra variante de esta enfermedad en diferentes épocas y lugares. Futuras investigaciones deberían fijar su atención en la historicidad de la experiencia de las personas diagnosticadas con cáncer. Para ello, podrían apoyarse en testimonios, cartas, diarios y autobiografías elaborados por los propios enfermos. Pero quizá sea en otras fuentes, tales como historias clínicas, obras literarias y pictóricas, e incluso en una relectura de la teoría médica que atendiera a la información referida al enfermo y no a la enfermedad de cáncer, donde mejor se exprese el carácter cultural de la experiencia de los enfermos. El uso complementario de todas estas fuentes podría constituir la base sobre la que escribir una historia del cáncer verdaderamente situada desde la perspectiva del enfermo.

Fanny H. BROTONS
CCHS-CSIC

CARRILLO, Juan Luis; BERNAL, Encarnación; CARRILLO-LINARES, Juan Luis, *Medicina vs mujeres. La literatura médica sobre clorosis (siglos XVII-XX) ¿ciencia o propaganda?*; Málaga, Universidad de Málaga, 2010, 175pp, 10 lám. [ISBN: 9788497473200]

La revisión crítica sobre la existencia de entidades clínicas tradicionalmente aceptadas por la medicina académica ha constituido, en las últimas décadas, un espacio de debate intelectual común a historiadores, sociólogos y filósofos. Obviamente las enfermedades mentales ha sido donde esta indagación ha tenido más éxito y se ha conseguido, de manera más concluyente, demostrar cómo la definición de supuestos procesos morbosos desde prejuicios sociales, intereses mercantiles o dogmatismos de escuela ha contribuido a un ordenamiento político y jurídico determinado. La carencia de una sustentación científica rigurosa ha tenido diversos orígenes y se puede analizar con perspectivas diferentes aunque haya sido del constructivismo social y los estudios de género desde donde han surgido las críticas más demoledoras.

En esta línea de investigación se desenvuelve la monografía que comentamos. Durante casi cuatrocientos años los médicos han debatido sobre una enfermedad –la clorosis, traducción del

griego en alusión a una pretendida coloración verdosa de la piel- para cuya curación se prescribía el matrimonio (el remedio preferente), sales de hierro o intervenciones penosamente agresivas (descargas eléctricas en el útero o sanguijuelas en la vulva, por ejemplo). En 1554 se sitúa la primera descripción del morbo virgíneo por el médico alemán Johannes Lange aunque su origen puede rastrearse ya en los escritos hipocráticos. Qué sucedió a lo largo de estas tres centurias hasta que mediado el siglo XX se desinfló el «monstruo dormido» es lo que los autores procuran dilucidar en el apretado texto que comentamos. Bajo el término de clorosis se cobijaba un padecimiento denominado con una sinonimia abundante, (*febris alba, palida, amatoria, morbus virgineus* entre otras) que confinaba la enfermedad a la mujer y la vinculaba a síntomas específicos de su sexo como la amenorrea o la dismenorrea.

Investigar la historia de una entidad clínica inexistente plantea numerosos interrogantes y no se puede pretender encontrar en una publicación como la que comentamos respuestas a todas ellas. Conviene no olvidar que la etapa estudiada abarca entre 1619 y 1941, más de trescientos años a lo largo de los cuales los autores han recogido un total de 1254 publicaciones en prácticamente todas las lenguas europeas, lo que evidencia una entidad nosológica de larga singladura e indudable éxito social. El periodo temporal, la dispersión y el volumen de las fuentes, la multiplicidad de factores susceptibles de análisis y los distintos abordamientos metodológicos para un estudio de esta magnitud exigen una monografía de varios centenares de páginas. Los autores, limitados sin duda por las exigencias editoriales de la publicación, han tenido que optar por dirigir su mirada a algunos aspectos más puntuales pero que pueden resultar más ilustrativos para conocer la forma en que la sociedad científica construye una entelequia. En este sentido el recurso a los análisis bibliométricos consigue superar una simple cuantificación indiscriminada y el cumplimiento -una vez más- de algunas de las leyes sobre el crecimiento de la ciencia sobradamente contrastadas. El papel real de los «grandes productores», un tema habitual en los estudios más cuantificadores, tiene sin embargo una significación histórica mucho menos relevante cuando, como demuestran los autores, no existió una voz con autoridad que impidiese a cualquiera opinar sobre la enfermedad. Del mismo modo la forma singular en que se verifica la ley de dispersión de Bradford pone de manifiesto el carácter errático de esta literatura, con puntas y valles, sin un desarrollo prospectivo del conocimiento análogo al que se aprecia en otros problemas. Hasta dónde llegó la propaganda y dónde se detuvo la ciencia es asunto sobre el que los autores recapitulan, en una valoración ciertamente crítica, sobre el papel de los científicos de las primeras décadas del pasado siglo.

El reforzamiento de la autoridad masculina y la renovación de medidas de control sobre la mujer es para los autores un factor determinante en la pervivencia de la enfermedad en la literatura científica de entreguerras. Una reacción antifeminista al sufragismo más agresivo habría favorecido la pervivencia de una entidad nosológica que, por definición, no podía nunca afectar a los varones. ¿Hasta dónde fue así? No se puede minusvalorar esta realidad pero no pueden desconocerse tampoco las limitaciones conceptuales y técnicas de una hematología en mantillas, con tantas dificultades para identificar las células sanguíneas específicas del padecimiento, pero también de otros cuadros patológicos de entidad mucho menos cuestionable.

La historia de la clorosis ofrece otras muchas perspectivas abiertas a posteriores revisiones. Así el estudio cronológico de un discurso teórico (científico o no, eso es ya otro asunto) de reconocida vigencia en Europa y América. O los problemas sobre la validez del método científico que se subordina ante criterios de autoridad y rutinas no cuestionadas. O las contribuciones que desde la hidrología, la electroterapia o el mismo psicoanálisis se hicieron para resolver una enfermedad que tanto entenebrece el universo femenino. En cualquier caso será necesario volver a revisar esta monografía tan llena de sugerencias como atenta una revisión sin prejuicios del pasado.

Antonio CARRERAS PANCHÓN
Universidad de Salamanca

REMY, Bernard avec la collaboration de FAURE, Patrice, *Les médecins dans l'Occident romain*, Paris-Bordeaux, De Boccard, 2010, 222 pp. [978-2-356-13026-6]

En el panorama de la escasez de fuentes sobre la antigüedad, sin duda siempre la epigrafía ha proporcionado algunas líneas de información a partir del reflejo de los casos puntuales. Desde que en 1909 y 1915 el profesor Raphaël Blanchard publicara su *Épigraphie médicale. Corpus inscriptionum ad medicinam biologiamque spectantium* (Paris), que reunía 1.258 inscripciones históricas, se han producido diversos intentos de recopilar las inscripciones antiguas referidas a la medicina, por parte de historiadores de la antigüedad, o de la historia de la medicina, unos trabajos que han recogido algunas de estas referencias a los médicos que aparecen en los epígrafes, muchos de ellos simples epitafios.

Podemos mencionar, como ejemplo más referente, la monografía del profesor finés H. Gummerus, quien en 1932 recopiló los textos de buena parte de estas inscripciones latinas del Occidente romano. Fue a consecuencia de la elaboración de su tesis doctoral en 1984 que Bernard Rémy inició la publicación de una serie de artículos, sobre las inscripciones de médicos en diversas provincias romanas, trabajos que han constituido el fundamento de la presente monografía. Tenemos en esta obra, por tanto, el lógico desenlace de una línea de investigación seguida desde hace muchos años. La colaboración de Patrice Faure ha estado dirigida a la lectura y análisis de alguno de los epígrafes, y sobre todo, a lo relacionado con los médicos en el ejército. Ahora esta recopilación en relación con los médicos del Occidente romano sustituye, con ventaja, la de Gummerus (*Der Ärztestand in Römischen Reche nach den Inschriften*).

Como señalan los autores en la introducción, en ausencia de una documentación adecuada sobre el conjunto de los profesionales de la salud, la atención se ha centrado de forma exclusiva en los médicos que aparecen en las inscripciones. Como es bien sabido, si bien en la antigüedad no existió un criterio legal decidiendo la competencia médica, sin embargo en el Imperio Romano la medicina como profesión era una realidad, de tal forma que como vemos en las fuentes literarias, la gente sabía distinguir entre los realmente médicos de aquellos que eran unos simples charlatanes. Y ello condujo a la fuerte promoción social de los médicos profesionales, que comenzaron estando bajo sospecha (significativo al respecto es la suspicacia de Cicerón), y del desprecio de la condición normal de libertos pasaron a la valoración de la elevación de status a partir de César (sólo en la capital), y del Principado (influjo de la elevación al orden ecuestre del médico Antonio Musa). Los médicos recibieron privilegios fiscales bajo Vespasiano, y con Adriano (como vemos en el *Digesto*) fueron exceptuados del pago de impuestos locales.

La obra consta de dos partes. La segunda de ellas recoge la documentación que se utiliza para el estudio, por lo que es ciertamente el apéndice documental. Los autores realizan un expurgue de la recopilación realizada en su día por Gummerus, eliminando los textos que consideran equívocos, por el contrario suman a aquellos las principales novedades producidas en las últimas décadas que, ciertamente, no son muy numerosas. Así pues, el conjunto dista en número de impresionar en diferencia con el trabajo anterior, si bien la calidad del análisis es infinitamente mayor por el avance en los conocimientos epigráficos.

En este *corpus* epigráfico de Rémy y Faure se recoge en cada uno de los casos la descripción del soporte, transcripción del texto, aparato crítico bastante exhaustivo, traducción al francés, un comentario concreto del documento, así como en buena parte de los casos, la reproducción fotográfica o en dibujo (todas las hispanas menos una están reproducidas). Como destacan los propios autores, un espacio importante en cada uno de las fechas de los epígrafes se dedica a las denominaciones y fórmulas con el fin de apreciar el grado de latinización de los médicos de Occidente, que a la luz de lo visto fue bastante elevado.

Las piezas son expuestas en el texto a partir de un orden geográfico, comenzando por la Península Ibérica, en la que se reseñan médicos en las siguientes poblaciones: *Mirobriga* (Santiago do Caçem), varios profesionales en *Emerita*, *Metellinum* (Don Benito), Villafranca de los Barros,

Astigi, Chiclana de la Frontera, varios médicos en *Corduba*, *Mellaria* (Fuente Obejuna), *Ipagrum* (Aguilar de la Frontera), *Segobriga* (Saélices, Cuenca), *Ebusus*, *Dianium* y *Tarraco*. El primero de ellos, de la Lusitania, de forma excepcional hace una dedicatoria al dios Esculapio, y entre ellos hay algunos nombres de origen helénico como Symphorus de *Emerita*, Artemidorus en Chiclana, o Philumeno en *Segobriga*. En cualquier caso, la totalidad de los médicos documentados en Hispania ya estaban recogidos en el artículo de Rémy publicado en 1991.

Nos interesa más el estudio y análisis comparado del material, que constituye la primera parte de la obra que comentamos (pp. 23-79). En esta primera parte de la monografía, Rémy y Faure plantean cuestiones que son particularmente relevantes, como son el estatuto jurídico documentado de los profesionales, el origen geográfico y social, las creencias religiosas y participación en la vida pública, así como otros aspectos derivados de la presencia de los médicos en la epigrafía latina. Los autores acompañan su estudio con unas ajustadas notas, así como con un elenco bibliográfico, sobre el que luego haremos alguna indicación.

Respecto a la datación de la documentación objeto de estudio, los autores señalan la dificultad de conseguir un conocimiento adecuado, al carecer de fechas concretas, por lo que tan sólo puede realizarse una aproximación a partir de los criterios paleográficos, así como por el formulario. Se trata de una aproximación discutible, en la medida en la que naturalmente no existen criterios fijos y aceptados de forma unánime por parte de los investigadores. Por ejemplo, la consideración de que las referencias a médicos libertos son indicios de epígrafes más antiguos, mientras las que tienen *duo nomina* son muy posteriores; más discutible es la búsqueda de datación en la tópica fórmula de los epitafios, suponiendo el nombre del difunto como cabecera del siglo I, y la referencia a los dioses Manes como producida a partir del siglo II.

En cualquier caso, esta aproximación en su conjunto sí tiene contenidos de cierta verosimilitud, y de acuerdo con la misma los autores creen documentar dos momentos de máximo, en el siglo I (32% de la documentación) y sobre todo en el siglo II (entre el 32 y el 40%). No hay novedades al respecto si tenemos en cuenta que justamente esta es la norma general seguida por las inscripciones latinas, que tienen su máximo en los siglos I(segunda mitad) y II, mientras en el siglo III la práctica del epitafio se rarifica y se traslada a centros rurales.

En lo que respecta al análisis de la repartición geográfica, todo estudio que recopila epigrafía es en sí mismo lo que en investigación se considera relación de casos. Este hecho significa que más allá de una aproximación siempre habrá dificultades para poder realizar una estadística significativa. En esa relación de casos por lo general el mayor número suele coincidir con los territorios en los que se conoce una mayor colección epigráfica, y los resultados del estudio que comentamos no son ajenos a esta regla, que además suele relacionarse con el grado de transformación romanizadora y de desarrollo económico. Si la fuerte presencia relativa de documentación epigráfica de médicos en la Narbonense («la provincia») entra perfectamente en este terreno, no obstante el que también suceda con la provincia de la Germania Superior indica, en este caso, la importancia de la medicina militar.

En Hispania, por el contrario, no parece existir una correspondencia más allá de la simple casualidad, si bien probablemente también influye el que el 100% de los documentos son epitafios en el caso de la Bética y la Hispania Citerior, mientras en la Lusitania los epitafios se completan con un 25% de documentos de inscripciones votivas a las divinidades. Podemos, por tanto, detectar una bajísima participación de los médicos en los cultos y en la vida civil, al menos que no se identifican como tales, si bien es difícil saber el significado real de este hecho.

En varias páginas los autores se extienden sobre el tipo de soporte y formas de las mismas, para pasar a continuación a un análisis concreto acerca de la figura de los médicos tal y como aparece documentada. En el conjunto, los médicos son en su inmensa mayoría hombres, pues tan sólo aparecen reflejadas un 5'8% de mujeres. Los autores aceptan que, como es evidente, había muchísimos más hombres que mujeres dedicados a la medicina, pero consideran como muy probable que realmente las mujeres fueran bastante más numerosas en la medicina puesto que, como es bien

sabido, las mujeres están infra-representadas en los textos epigráficos romanos. Entre estos casos de mujeres se encontraba *Iulia Saturnina de Emerita*.

Los autores prosiguen con un análisis del estatuto jurídico, para lo que recurren a las fuentes literarias y a la observación de la onomástica. A partir del estudio de cada uno de los médicos documentados, Rémy y Faure establecen, si bien señalando que es debida cierta cautela al respecto, una tabla en la que la inmensa mayoría de los médicos sobre los que puede avanzarse una conclusión eran ciudadanos romanos, ingenuos y libertos (en torno al 85%), habiendo algunos peregrinos, pero que eran escasísimos los esclavos (un 3%). Y finalmente indican que en la Bética y en la Germania Superior todos los médicos documentados eran ciudadanos romanos.

Prosiguen los autores estableciendo estadísticas, que son obviamente siempre tendenciales, acerca de la documentación. Así tratan de la designación de la profesión, (llama la atención en *Tarraco* como Tiberio Claudio Apollinaris es considerado *artis medicine doctiss(imus)*, el que la mayoría de los médicos mencionados aparecen como «gereralistas», también la mayoría ejercían la medicina de forma privada, aunque existe alguno público como en *Corduba* donde P. Frontinius Scicola es mencionado como *medicus colonarum coloniae Patriciae*. En lo que respecta a las especialidades, la única bien identificada es la oftalmología (*medicus ocularius*), donde existen bastantes casos documentados en la Bética, estudiados desde antiguo.

En lo que respecta a los médicos militares, curiosamente no aparece reflejado ni uno sólo en las provincias hispanas, aunque sí está documentado en Binchester un *medicus alae Vettonum*, es decir, el sanitario del ala de caballería del ejército auxiliar, formado por reclutas entre los vettones (norte de Extremadura, sudoeste de Castilla-León y zona de Talavera de la Reina). Los médicos aparecen adscritos a las distintas unidades, que pueden ser cohortes de infantería del ejército auxiliar, alas o bien legiones destinadas en Germania.

En cuanto a la bibliografía utilizada, la misma aparece reflejada en ajustadas y muy concretas notas, así como en un elenco general (pp. 14-18). Al contrario de lo que suele ser corriente en estos casos, la bibliografía española está bien representada, como corresponde a un trabajo que ha requerido la presencia algún tiempo en nuestro país, y como se ve también en el prólogo en el apartado de agradecimientos, aunque la misma se relaciona sobre todo con la faceta puramente epigráfica. En cualquier caso, si detectamos una ausencia importante, por constituir un trabajo de referencia en nuestro país, el de Santos Crespo y Luís Sagredo, «Las profesiones en la sociedad de la Hispania romana» (*Hispania Antiqua*, 6, 1976, pp. 53-78), en el que se recogían la mayor parte de las inscripciones hispanas objeto de estudio. También existen algunas ausencias importantes en la bibliografía francesa, en especial una obra imprescindible sobre la medicina romana, la de Jean-Marie André, *La Médecine à Rome* (Paris, 2006), reseñada por uno de nosotros en un número anterior (E. Gozalbes, en *Asclepio*, 59 (2), 2007, pp. 274-278). En buena parte la monografía de Rémy y Faure, que se fundamenta en la epigrafía, es un magnífico complemento de la síntesis de André.

La obra que reseñamos finaliza con una larga serie de índices que resultan de utilidad: de nombres griegos y romanos, de la vida sagrada y religiosa, de nombres geográficos, de los emperadores y su familia, de los poderes públicos y administración romana, del ejército, de la administración provincial, municipal y local, de los oficios y comercio, así como de otras particularidades. Finalmente una tabla de concordancias entre las siglas identificativas de las inscripciones latinas, desde el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, cierra esta obra que consideramos que a partir de este momento se ha convertido en un referente imprescindible sobre la medicina romana en Occidente.

Enrique GOZALBES CRAVIOTO
Universidad de Castilla-La Mancha
Inmaculada GARCÍA GARCÍA
Universidad de Granada

SCHAFFER, Simon, *Trabajos de cristal. Ensayos de historia de la ciencia, 1650–1950*, trad. de Miguel Martínez-Lage y Juan Pimentel, edición a cargo de Juan Pimentel, Madrid: Marcial Pons Historia, 2011, 436 pp. [ISBN: 978-84-92820-30-6]

Antes de que me invitaran a reseñarlo, cuando apenas había empezado su distribución y yo no sabía aún de él, este libro ejemplar llegó a mis manos del modo más inverosímil, por idóneo, posible: me lo entregó su autor en su despacho del departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Cambridge, a comienzos de 2011. Yo había vuelto en régimen sabático a la ciudad donde casi dos décadas atrás había conocido a Schaffer, claro, pero también a Juan Pimentel, el audaz editor de esta magnífica colección de ensayos. Más coincidencias que añadir a las que éste enumera en su nota introductoria y que han alumbrado esta obra.

Otra coincidencia de carácter menos personal, la aparición de una nueva edición de *Leviathan and the Air-Pump. Hobbes, Boyle, and the Experimental Life* (Princeton: Princeton University Press, 1985; 2011), da relieve a esta publicación. Schaffer debe como es bien sabido buena parte de su crédito académico a esta obra escrita en un momento en que se podía «debatir la posibilidad de la sociología del conocimiento científico, o practicarla», como proponía irónicamente Steven Shapin en 1982 en una revista editada por Roy Porter, uno de los raros profesores de la Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge que se interesaba por lo que hacían los historiadores de la ciencia de la misma universidad.¹ Ambos, Porter y Shapin, habían examinado en 1980 la tesis de Schaffer, quien tras doctorarse en Cambridge había conseguido un puesto académico en Imperial College. De la correspondencia y los encuentros entre Schaffer (Londres) y Shapin (Edimburgo), entre 1981 y 1983, nacería su *Leviathan*, un clásico de la historia de la ciencia del último cuarto de siglo que les valió en 2005 el Premio Erasmus. Lo relevante aquí no es que el libro vea la luz de nuevo, sino que los autores introduzcan esta nueva edición con un ensayo, «Up for Air: *Leviathan and the Air-Pump* a Generation On», donde explican cómo escribieron el libro, tildan su recepción inicial de «blanda», repasan las circunstancias intelectuales e institucionales que les llevaron a escribirlo, y finalmente lo consignan al pasado: «una de las razones por las que aceptamos el difícil encargo de escribir esta introducción, es que nos permitía situar el libro como objeto histórico».²

Afortunadamente no cabe decir lo mismo todavía de estos *Trabajos de cristal*, una serie de nueve artículos o capítulos de libro, publicados entre 1983 y 2005, cuya aparición en castellano se debe a la existencia de una traducción de *El Leviatán y la bomba del vacío*, que era la opción natural de editor y editorial.³ Hay que celebrar que tuvieran que maniobrar y que no cesaran en su empeño, porque el volumen resultante es inédito en lo menos dos sentidos. En primer lugar, porque ofrece una vista aérea sobre la obra de Schaffer, al reunir trabajos diversos que, aun así y de manera crucial, funcionan como un todo; y en segundo lugar, porque incluye un prólogo redactado a medida en el que Schaffer explica el sentido de su labor en las últimas tres décadas. Junto a la

¹ Steven Shapin, «History of science and its sociological reconstructions,» *History of Science* 20 (1982): 157–211, p. 157: «One can either debate the possibility of the sociology of scientific knowledge or one can do it». Shapin citaba en su artículo cinco trabajos de Schaffer, incluida su tesis doctoral (1980).

² «Up for Air: *Leviathan and the Air-Pump* a Generation On», en Steven Shapin y Simon Schaffer, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life* (Princeton: Princeton University Press, 2011), xi-l, cita en p. l. La introducción está disponible en la web de la editorial: <http://press.princeton.edu/titles/9440.html>

³ *El Leviatán y la bomba del vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*, trad. de Alfonso Buch (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2005).

nueva introducción al *Leviatán*, ambos textos revelan a un autor eminentemente reflexivo que ha mostrado una preocupación tenaz por «comprender mejor las cosas» (p. 23) a partir del extrañamiento y la distancia crítica, alcanzados a través de la observación minuciosa y desprejuiciada de episodios de confrontación y falta de consenso. Las controversias —empezando por la que enfrentó a Newton con los filósofos naturales que no consiguieron replicar, y por tanto cuestionaron, sus experimentos cruciales sobre la naturaleza de la luz, en el ensayo que da título al libro— han permitido a Schaffer problematizar el curso de las ciencias y recuperar a quienes fueron excluidos de ellas, hacer «que lo extraño se transforme en algo un poco más familiar [...] y lo familiar en algo extraño» (p. 18), reemplazar en definitiva «la presunción de consenso... por la presunción de la diferencia» (p. 20).

Esta colección de ensayos aventaja a la monografía en diversidad y amplitud cronológica, si no historiográfica. En «Up for Air», Shapin y Schaffer argumentan que para mostrar la relevancia actual de las formas de producción de conocimiento en la Inglaterra del siglo XVII no es necesario «atravesar todos y cada uno de los estadios temporales intermedios» («The book did not establish or justify its remarks about the present by traversing every temporally intermediate stage», p. xlii). No es contradictorio que Schaffer haya atravesado luego algunos de ellos, como lo hace en este libro, porque su intención no ha sido construir un relato de progreso temporal, sino recuperar algunas de las soluciones que se han dado al problema del conocimiento y al del orden social en distintos momentos y lugares. Esta preocupación constante, junto al interés minucioso por el cuerpo y lo corpóreo, la puesta en escena, y el mercado y la circulación de capital —las «pasiones» que han guiado al autor—, recorre los ensayos reunidos en este volumen y hace que puedan leerse en cualquier orden. El editor ha optado con buen juicio por estructurar el volumen cronológicamente según el periodo tratado en lugar de la fecha de publicación, de forma que el libro se abre con un trabajo de 1998 sobre el cuerpo y la filosofía natural en la Inglaterra de la Restauración, y se cierra con otro de 2004 sobre las pompas de jabón como mercancías en la física clásica a finales del siglo XIX. Pero el trabajo más antiguo incluido en el volumen, que trata sobre los prismas de Newton y se adentra en el siglo XVIII, fue publicado en 1989, mientras el más reciente, sobre el comercio de instrumentos científicos en China y el Pacífico en el siglo XVIII, apareció en 2005. Tanto da. Schaffer se detiene también en W. Defoe, en la electricidad y los autómatas ilustrados, en el genio romántico, y en las relaciones entre la casa de campo victoriana y el laboratorio de física. Es difícil concebir un proyecto tan diverso y sin embargo coherente, y más aún desarrollarlo con este rigor.

Las pasiones del autor informan su visión de la ciencia como una red de conocimientos y prácticas fiables, capaces de transformar el mundo. Cómo se alcanza tal fiabilidad, y cómo se distribuye, es precisamente lo que hay explicar, no algo que se pueda dar por hecho, y a ello se dedican estos relatos, que no podrían estar más alejados de las historias gloriosas que abundan en la confusión entre la manera como se construye la ciencia y lo que el público sabe de ella, cosas que no tienen por qué coincidir. En el caso de los científicos, este problema se solapa con su doble predisposición a la amnesia y la nostalgia: a olvidar cómo alcanzaron sus certezas mientras añoran un pasado puro y desinteresado.

Pero ese pasado nunca existió. Comprender los panfletos de Defoe contra los especuladores de la Compañía de las Indias Orientales («Estos individuos pueden arruinar a los hombres en silencio, dejarlos mermados y empobrecidos mediante una suerte de artificios impenetrables, como el veneno que opera desde lejos; pueden camelar a los hombres para que ellos solos se busquen su propia ruina, y sonsacarles todo su dinero con esos mecanismos extraños e insólitos de los intereses, los descuentos, las transferencias, las cuentas, las obligaciones, las acciones, los proyectos y sabrá el Diablo con qué otros cálculos y nombres incomprensibles», *Villainy of stock—jobbers detected*, 1701, citado en p. 151), o las graves advertencias de A. R. Wallace al cabo de un siglo maravilloso («hemos malogrado de manera pecaminosa nuestra economía social para darles a unos pocos una injuriosa riqueza, en un grado en el que nunca se ha visto, mientras que millones de personas están

condenadas a sufrir una perpetua carencia en lo tocante a las necesidades básicas. En vez de dedicar los poderes más formidables de nuestros hombres más grandes a remediar estos males, presenciamos cómo los gobiernos de los países más avanzados arman hasta los dientes a sus poblaciones, agotando muchas de sus riquezas y todos los recursos de su ciencia en la preparación de la destrucción de la vida, de la propiedad y la felicidad», *The Wonderful Century*, 1898, citado en p. 26), por poner sólo dos ejemplos entre muchos, sitúa en perspectiva los modos de gobernar las ciencias y pensar sus relaciones sociales hoy.

Junto a su eficacia remota, no es la menor de las paradojas aparentes de estos ensayos el que hayan reforzado el perfil disciplinar de la historia de la ciencia desde la interdisciplinariedad más radical. Sólo hay que echar un vistazo a las fuentes de Schaffer para darse cuenta de que son tan heterogéneas y diversas como los actores y escenarios de sus historias, o tal vez esa sea la razón primordial de que estas historias se resistan a encajar en cualquier relación histórica de progreso, o no se amolden al despliegue de cierta lógica o institucionalización científicas. El único principio metodológico irrenunciable es el de la reflexividad y la crítica, libres de límites disciplinares. Cambridge es por supuesto un lugar que fomenta y propicia este tipo de intercambios intelectuales y sociales, como hace notar Pimentel y ha reconocido el mismo Schaffer en otro lugar: «Cambridge está lo suficientemente retirado y es lo suficientemente híbrido para suministrar las mezclas de recursos que uno necesita; proporciona un tipo de retiro muy poroso. La yuxtaposición de habilidades inesperadas ha sido crucial para mi, el hecho de que se pueda reunir con relativa facilidad a personas con intereses y saberes heterogéneos: visitantes de paso, técnicos, colecciones desconocidas, el estudiante extrañamente motivado, el desconcertante sistema de clasificación de la biblioteca de la universidad, todo ello puede ser cordial sin ser académico, y viceversa». ⁴ Desde este punto de vista, «alcanzar la profesionalización actual ha tenido un coste elevado» («Up for Air», p. xxiv).

Quién sabe, puede que la precariedad crónica de la disciplina en España acabe teniendo sus ventajas. El aforismo de Shapin no resuena con la misma ironía en España que en el Reino Unido. Ya sea por la atención indebida que hemos prestado a guerras de ciencia ajenas, o porque hemos leído las reseñas antes que el original, el caso es que muchas veces hemos preferido debatir a practicar otras historiografías de la ciencia. Estos *Trabajos de cristal* son, sin embargo, producto de una práctica persistente, y sólo cabe leerlos con el mismo esmero con el que han sido elaborados. Si algo aportan al escorado debate sobre la cuestión no es una muestra más, innecesaria a estas alturas, de las posibilidades de la sociología del conocimiento científico, sino una serie de bellísimos ejemplos de una particular mirada sobre las ciencias, que no sólo transforma nuestra percepción de su pasado sino que tiene implicaciones vitales para su gobernanza: «Antes que defender un aislamiento de las ciencias respecto de la economía social, este tipo de unión parece más prometedora: insistir en las numerosas e íntimas conexiones que tiene la ciencia con la sociedad nos ofrece una considerable esperanza en las formas verdaderamente imaginativas de progreso» (26). Puede que el mejor uso que podamos dar a esta colección de ensayos sea apropiarlos para la reflexión sobre las virtudes y defectos de la propia cultura científica.

Señalemos finalmente que la edición hace justicia al texto y a la apuesta de Marcial Pons Historia por la colección *Ambos Mundos*. La traducción de Miguel Martínez-Lage (1961–2011) es todo lo impecable que cabía esperar del Premio Nacional de Traducción del Ministerio de Cultura en 2008. Es igualmente aparente que debe buena parte de su eficacia a un trabajo de edición exquisito, y que las decisiones del editor, junto a sus aclaraciones puntuales, hacen que un texto escrito en un inglés sofisticado fluya con toda naturalidad en castellano. Sólo hay que lamentar que hayan caído las imágenes que acompañaban originalmente a estos textos como parte fundamental del argumen-

⁴ Serie de cinco vídeos de una entrevista de 4 horas de duración con Allan Macfarlane (grabadas entre junio y julio de 2008), primera entrevista <http://youtu.be/BP1eXmO3NbA>

RESEÑAS

to. Y ya que la web de la editorial ofrece al visitante las seis primeras páginas del libro, dos de las cuales corresponden al prólogo, que tiene diez, ¿por qué no dar un paso más y ofrecer el prólogo entero?

Xavier ROQUÉ

Centre d'Història de la Ciència (CEHIC), Universitat Autònoma de Barcelona